CAPITULO IX.

Prosigue su marcha Hernan Cortés hasta una legua de Zempoala: sale con su ejército en campaña Pánfilo de Narváez: sobreviene una tempestad, y se retira, con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su alojamiento.

Quedó Hernan Cortés mas animoso que irritado con esta última sinrazon de Narváez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos; y que no fiaba mucho de su ejército, ni de sí, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de la reputacion. Siguió su marcha en mas que ordinaria diligencia; no porque tuviese resuelta la faccion, ni discurridos los medios; sino porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala, en parage defendido por la frente del rio que llamaban de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Vera Cruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones bastante comodidad para que se reparase la gente de lo que habia padecido con la fuerza del sol y prolijidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio: y dando el primer lugar al descanso de su ejército, reservó para despues el discurrir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias que llegasen del ejército contrario, donde tenia ganados algunos confidentes, y estaba creyendo que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra: cuyo presupuesto y las cortas esperiencias de Narváez le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaucion, ó nota de temeridad.

Sigue Cortés su marcha.

Hace alto en el rio de Canoas.

Llegó á Narváez la noticia del parage donde se hallaba su enemigo; y mas apresurado que diligente, ó con un género de celeridad embarazada que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública: señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés: puso en precio menor las de Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon. Mandaba muchas cosas á un tiempo sin olvidarse de su enojo: mezclábanse las órdenes con las amenazas; y todo era despreciar al enemigo con apariencias de temerle. Puesto en órden el ejército, ménos por su disposicion que por lo que acertaron sin obedecer sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto: persuadiéndose á que venia tan desalumbrado que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas

Sale Narváez á campaña.

Espera un cuarto de legua de Zempoala.

el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo, y engañando la imaginacion con varios discursos de alegre confianza: conceder el pillage á los soldados: enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes: y hablar mas en la victoria que de la batalla. Pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijeron la salida, y clamaron por volverse al cuartel: en cuya impaciencia entraron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narváez, que sentia tambien su incomodidad: faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Sobreviene un recio temporal.

Retírase Narváez á su cuartel.

Habia llegado poco ántes aviso de que se mantenia Cortés de la otra parte del rio: de que, no sin alguna disculpa, conjeturaron que no habia que recelar por aquella noche: y como nunca se halla con dificultad la razon que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto, ménos como soldados que como fugitivos.

No permitió Narvaez que su ejército se desuniese aquella noche, mas porque discurrió en salir temprano á la campaña, que porque tuviese algun recelo de Cortés; aunque afectó por los demas el cuidado á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes: sitio eminente y capaz, á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas, que daban mayor seguridad á la eminencia.

Recógese con su ejército á un adoratorio.

Guarneció con su artillería el pretil que servia de remate á las gradas: eligió para su persona el torreon de en medio, donde se retiró con algunos capitanes, y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la gente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas que se alargasen á reconocer las avenidas: y con estos resguardos que, á su parecer, no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan léjos el peligro de su imaginacion, que se dejó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Cómo se alojó.

Despachó luego Andres de Duero á Hernan Cortés un confidente suyo, que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo, para que á boca le diese cuenta de la retirada, y de la forma en que se habia dispuesto el alojamiento, mas por asegurarle amigablemente que podia pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion que, á su parecer, le convidaba con el su-

Tuvo Cortés aviso de su retirada.

Resuelve asaltar el cuartel.

ceso. Tenia premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra: y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde léjos; y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su gente sin mas dilacion, y la puso en órden, aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron, sin hacer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado: tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasaron el rio con el agua sobre la cintura: y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento, en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolucion, ni cerrar las puertas al consejo.

Facilita la empresa.

Dióles noticia de la turbacion con que se habian retirado los enemigos, buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desórden con que habian ocupado los terreones del adoratorio: ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban: la facilidad con que podrian ser asaltados ántes que llegasen á unirse, ó tuviesen lugar para doblarse: y viendo que no solo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion: « Esta noche, « prosiguió diciendo con nuevo fervor, esta noche, « amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la « mayor ocasion que se pudiera fingir nuestro deseo: « vereis agora lo que fio de vuestro valor; y yo confesaré que « vuestro mismo valor hace grandes mis intentos. Poco ha que « aguardabamos á nuestros enemigos con esperanza de vencerlos « al reparo de esa ribera: ya los tenemos descuidados y desunidos, « militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan. « De la impaciencia vergonzosa con que desampararon la campaña, « huyendo esos rigores de la noche, pequeños males de la natura- « leza, se colige cómo estarán en el sosiego unos hombres que le « buscaron con flojedad, y le desfrutan sin recelo. Narváez en- « tiende poco de las puntualidades á que obligan las contingencias « de la guerra. Sus soldados por la mayor parte son bisoños, gente « de la primera ocasion, que no ha menester la noche para mo- « verse con desacierto y ceguedad: muchos se hallan desobligados « ó quejosos de su capitan: no faltan algunos á quien debe incli- « nacion nuestro partido; ni son pocos los que aborrecen como « voluntario este rompimiento: y suelen pesar los brazos cuando « se mueven contra el dictámen ó contra la voluntad. Unos y otros « se deben tratar como enemigos hasta que se declaren: porque si « ellos nos vencen, hemos de ser nosotros los traidores. Verdad es « que nos asiste la razon; pero en la guerra es la razon enemiga « de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que « pueden mas. A usurparos vienen cuanto habeis adquirido: « no aspiran á ménos que hacerse dueños de vuestra libertad, « de vuestras haciendas y de vuestras esperanzas: suyas han de

Razonamiento que hizo á sus soldados.

« llamar nuestras victorias: suya la tierra que habeis conquistado « con vuestra sangre: suya la gloria de vuestras hazañas: y lo « peor es, que con el mismo pie que intentan pisar nuestra cerviz, « quieren atropellar el servicio de nuestro rey y atajar los progre- « sos de nuestra religion; porque se han de perder si nos pierden: « y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados. A « todo se ocurre con que obreis esta noche como acostumbrais: « mejor sabreis ejecutarlo, que yo discurrirlo: alto á las armas y « á la costumbre de vencer: Dios y el rey en el corazon, el pun- « donor á la vista, y la razon en las manos, que yo seré vuestro « compañero en el peligro; y entiendo ménos de animar con las « palabras, que de persuadir con el ejemplo. »

Quedaron tan encendidos los ánimos con esta oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron que si trataba de ajustarse con Narváez, le habian de negar la obediencia: palabras de hombres resueltos, que no le sonaron mal, porque hacian al brio mas que al desacato. Formó, sin perder tiempo, tres pequeños escuadrones de su gente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velazquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado, y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestre de campo Cristoval de Olid, con otros sesenta hombres, y asistencia de Andres de Tapia, Rodrigo Rángel, Juan Jaramillo y Bernardino Vazquez de Tapia: y él se quedó con el resto de la gente y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristoval y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La órden fué que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas y embarazar el uso de la artillería, dividiéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente: que Cristoval de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia, y embistiese al torreon de Narváez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar calor, y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entónces las cajas y demas estruendos militares, para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Cómo formó su ejército.

Cómo dispuso la faccion.

Entró luego fray Bartolomé de Olmedo con su exhortacion espiritual, y asentado el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz en el camino, que fijaron ellos mismos cuando pasaron á Méjico; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion, que iban

repitiendo con voz afectuosa : mandóles decir la confesion general, y bendiciéndolos despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero : porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros, ó mejora el desprecio de la muerte.

Fray Bartolomé da su bendicion al ejército.

Concluida esta piadosa diligencia, formó Hernan Cortés sus tres escuadrones : puso en su lugar las picas y las bocas de fuego : repitió las órdenes á los cabos : encargó á todos el silencio : dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya Pascua sucedió esta interpresa : y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco, porque llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase mas de su enemigo : de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á ménos costa, sin quedarle algun escrúpulo de que obraba ménos valerosamente que solia en este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes generales : siendo los engaños, que no se oponen á la buena fe, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

Marchan los tres escuadrones.

Insidias generosas en la guerra.

CAPITULO X.

Llega Hernan Cortés á Zempoala, donde halla resistencia : consigue con las armas la victoria : prende á Narváez, cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mano.

Habria marchado el ejército de Cortés algo mas de media legua, cuando volvieron los batidores con una centinela de Narváez, que cayó en sus manos, y dieron noticia de que se les habia escapado entre la maleza otra que venia poco despues : accidente que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hízose una breve consulta entre los capitanes : y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entónces á seguir el camino derecho, siendo mas verisímil que tomase algun rodeo, por no dar en el peligro : de que resultó, con aplauso comun, la resolucion de alargar el paso para llegar ántes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos : suponiendo que si no se lograse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo ménos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Así lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor diligencia, dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagage y los demas impedimentos. Pero la centinela, que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar ántes, y puso en arma el cuartel, diciendo á voces que venia el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron mas prontos. Lleváronle á la presencia de Narváez; y él, despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y al que le traia, teniendo por impracticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan oscura y tempestuosa.

Prèndese una centinela de Narváez.

Escápase otra.

Alarga Cortés el paso.

Puso la centinela en arma el cuartel.

Desprecia esta noticia Narváez.

Serian poco mas de las doce cuando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narváez, que, al parecer, perdieron el camino con la oscuridad, si no se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia, ni una centinela en que detenerse. Duraba entónces la disputa de Narváez con el soldado, que se afirmaba de haber reconocido, no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha diligente; pero se buscaban todavía pretestos á la seguridad, y se perdia en el exámen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La gente andaba inquieta y desvelada cruzando por el atrio superior : unos dudosos, y otros en la inteligencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos, y poco ménos que prevenidos.

Entra Cortés en la villa.

Descúbrenle los de Narváez.

Conoció Hernan Cortés que le habian descubierto : y hallándose ya en el segundo caso que llevaba discurrido, trató de asaltarlos ántes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer : y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas, segun el órden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia : y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron arma segunda vez, sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces : y acudieron luego á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion : estrechóse á las picas y á las espadas el combate : y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse, forcejando á un tiempo con el mayor número de la gente, y con la diferencia del sitio inferior; pero le socorrió entónces Cristoval de Olid : y Hernan Cortés, dejando formado su reten, se arrojó á lo mas ardiente del conflicto, y facilitó el avance de unos y otros, obrando con la espada lo que infundia con la voz : á cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron

Cierra con el adoratorio.

Pónense en defensa los de Narváez.

poco en dejar libre la última grada, y poco mas en retirarse desordenadamente, desamparando el atrio yla artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreon principal, donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Retiranse del atrio superior.

Dejóse ver á este tiempo Pánfilo de Narváez, que se detuvo en armarse á persuasion de sus amigos; y despues de animar á los que peleaban, y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo mas recio del combate, que hallándose cerca Pedro Sanchez Farfan, uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo, y derribó en tierra, sin mas aliento que el que hubo menester para decir que le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos: porque unos le desampararon ignominiosamente, otros se detuvieron por falta de movimiento; y los que mas se quisieron esforzar á socorrerle, peleaban embarazados y confusos del súbito accidente: con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco ménos que arrastrado. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó, entregándole al último escuadron: y el que poco ántes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos, que le ponian mas léjos su libertad.

Sale Narváez á la defensa.

Pedro Sanchez Farfan le saca un ojo de un bote de pica.

Retiran los de Cortés á Narváez.

Llegó el caso de cesar la batalla, porque cesó la resistencia. Encerráronse todos los de Narváez en sus torreones tan amedrentados que no se atrevian á disparar, y solo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaron á voces la victoria, unos por Cortés, y otros por el rey, y los mas atentos por el Espíritu Santo: gritos de alborozo anticipado, que ayudaron entónces al terror de los enemigos: y fué circunstancia que hizo al caso en aquella coyuntura, que se persuadiesen los mas á que traia Cortés un ejército muy poderoso, el cual, á su parecer, ocupaba gran parte de la campaña; porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces, que interrumpiendo la oscuridad, parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros: siendo unos gusanos que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas, aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel hemisferio. Aprehension que hizo particular batería en el vulgo del ejército, y que dejó dudosos á los que mas se animaban: tanto engaña el temor á los afligidos, y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Enciérranse los vencidos en sus torreones.

Persuádense á que trae Cortés un ejército mas poderoso, por las lucernas que resplandecian en la campaña.

Mandó Cortés que cesasen las aclamaciones de la victoria, cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones: dispuso que á guisa de pregon se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen, ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas, libertad y pasage á los que se quisiesen retirar á la isla de Cuba, y á todos salva la ropa y las personas: diligencia que fué bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo, ántes que el dia, cuya primera luz no estaba léjos, desengañase aquella gente de las pocas fuerzas que los tenian oprimidos, y les diese resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida: que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Cortés publica indulto general.

Apénas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones donde se habia retraido la gente, cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban: y Cortés, sin faltar á la urbanidad ni al agasajo, hizo tambien desarmar á sus confidentes, porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demas. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fué necesario dividirlos, y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que saliendo el dia, se descubriesen las caras y los afectos.

Salen á rendirse los soldados.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narváez: y Hernan Cortés, que acudia incansablemente á todas partes, y tenia en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato, por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados: y Narváez, volviéndole á mirar con semblante de hombre que no acababa de conocer su fortuna, le dijo: « Tened en mucho, señor capitan, la dicha que habeis conseguido en hacerme vuestro prisionero. » A que le respondió Cortés: « De todo, amigo, se deben las gracias á Dios; pero sin género de vanidad os puedo asegurar que pongo esta victoria y vuestra prision entre las cosas menores que se han obrado en esta tierra. »

Palabras de Narváez á Cortés.

Respuesta de Cortés.

Llegó entónces noticia de que se resistia con obstinacion uno de los torreones, donde se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y Diego Velazquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados que se hallaban con ellos. Volvió Cortés á subir las gradas: hízoles in-

Resiste uno de los torreones.

timar que se rindiesen, ó serian tratados con todo el rigor de la guerra; y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería: y poco despues ordenó á los artilleros que levantasen la mira, y diesen la carga en lo alto del edificio, mas para espantar que para ofender. Así lo ejecutaron; y no fué necesaria mayor diligencia para que saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre, que acabó de allanar Juan Velazquez de Leon con una escuadra de los suyos, prendiendo á los capitanes Salvatierra y Velazquez, enemigos declarados, de quien se podia temer que aspirasen á ocupar el vacío de Narváez: con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte solo dos soldados, y hubo algunos heridos, de los cuales hay quien diga que murieron otros dos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alférez y un capitan, y fué mucho mayor el número de los heridos. Narváez y Salvatierra fueron llevados á la Vera Cruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velazquez de Leon Diego Velazquez el mozo: y aunque le tenia justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo. Generosidad en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado ántes de amanecer. ¡Notable faccion, en que se midieron por instantes los aciertos de Cortés, y los desalumbramientos de Narváez!

Allánale Juan Velazquez de Leon.

Prende á Salvatierra y Velazquez el mozo.

Llévanse presos á la Vera Cruz Salvatierra y Narváez.

Al romper del alba llegaron los dos mil Chinantecas que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria, celebró Cortés el socorro, teniéndole por oportuno, para que viesen los de Narváez que no le faltaban amigos que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado en que se hallaban: dióles el dia con su ignominia en los ojos: vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas con que se habia conseguido la victoria: maldecian la confianza de Narváez: acusaban su descuido: y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya vigilancia y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor, en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos; pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor. Máxima que se verificó en esta ocasion: porque cada uno, sin fiarse de los demas, se iba inclinando á mejorar de capitan, y á seguir las banderas de un ejército donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor, y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el

Como se hallaban los rendidos.

Bien quisto el valor con los mismos vencidos.

Vanse alistando en el ejército de Cortés.

velo de la disimulacion, dieron principio á sus aclamaciones, con que se declararon luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demas. Permitióse que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitan: arrojáronse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre, haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba: y logró con esto Hernan Cortés el principal fruto de su empresa; porque no deseaba tanto vencer, como conquistar aquellos Españoles. Fué reconociendo los ánimos, y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas: accion que resistieron algunos de sus capitanes; pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que mas suponian entre aquella gente, y estando allí los Chinantecas, que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor que recibian: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones; y él se halló en breves horas con un ejército que pasaba ya de mil Españoles, presos los enemigos de quien se podia recelar, con una armada de once navíos y siete bergantines á su disposicion, deshecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar; y no ménos al valor de sus soldados, que abrazaron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa; y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion: porque al voto de los hombres, que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar; y las mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados.

Vuélveles sus armas.

Lo que mejoró sus fuerzas Cortés.

El conseguir es crédito del intentar.

CAPITULO XI.

Pone Cortés en obediencia la caballería de Narváez, que andaba en la campaña: recibe noticia de que habian tomado las armas los Mejicanos contra los Españoles que dejó en aquella corte: marcha luego con su ejército, y entra en ella sin oposicion.

No se dejó ver aquella noche la caballería de Narváez, que pudiera embarazar mucho á Cortés, si hubiera quedado en la disposicion que pedia una plaza de armas en tan corta distancia del enemigo. Pero allí se olvidaron todas las reglas de la milicia, y dado el yerro de la negligencia en un capitan, ó se hace ménos estraño lo que se dejó de advertir, ó pasan por consecuencias los absurdos. Valié-

La caballería de Narváez quedó en la campaña.